

Raza y nación en la Independencia de Cuba. Perspectivas sobre la subalternidad afrodescendiente en la construcción del imaginario revolucionario (1868-1898)

Race and Nation in the Independence of Cuba. Perspectives on Afro-descendant subalternity in the construction of the revolutionary imaginary (1868-1898)

Mario Vega Henríquez*

RESUMEN

El siguiente artículo analiza la interacción entre las nociones de “raza” y de “nación” como elementos fundamentales de la narrativa que otorgó sustento político y social al proceso de Independencia de Cuba, específicamente entre los años 1868 y 1898. Para ello, se revisa la significación discursiva de ambos conceptos, atendiendo a las perspectivas de inclusión/exclusión de los afro-cubanos en el proyecto nacional durante las principales fases del conflicto. Esta articulación conceptual no solo resultó relevante para la legitimidad alcanzada por la causa emancipadora, sino también estratégica. Dentro de este marco, se abordan las reflexiones que reformuló José Martí al respecto, para quien la imbricación entre las nociones de “raza” y “nación”, fue un modo de establecer una nueva convergencia destinada a resolver la problemática afrodescendiente. Esto con el fin de cohesionar y encaminar a la nación cubana hacia una reforma social, la cual ampliaría las dimensiones de la emancipación política y le otorgaría nuevos sentidos a la idea de “república” en América Latina.

Palabras clave:
Independencia de Cuba, raza, nación, afro-cubanos.

* Chileno. Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Magíster en Historia, Universidad de Chile, Doctor (c) en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9745-0926>. E-mail: mariovega@ug.uchile.cl

ABSTRACT

The following article analyzes the interaction between the notions of “race” and “nation” as fundamental elements of the narrative that gave political and social support to the Cuban Independence process, specifically between 1868 and 1898. For this purpose, we review the discursive significance of both concepts, considering the perspectives of inclusion/exclusion of Afro-Cubans in the national project during the main phases of the conflict. This conceptual articulation was relevant not only to the legitimacy achieved by the emancipatory cause but also to its strategic nature. Within this framework, we address the reflections reformulated by José Martí in this regard, for whom the interweaving of the notions of “race” and “nation” was a way of establishing a new convergence aimed at solving the Afro-descendant problem. The latter has an aim to unite and direct the Cuban nation towards social reform, which would broaden the dimensions of political emancipation and give new meaning to the idea of a “republic” in Latin America.

Keywords: Cuban independence, race, nation, Afro-Cubans.

Hacia fines del siglo XIX, las islas de Cuba y Puerto Rico se mantenían aún bajo el mandato colonial de España, lo cual constituyó una evidente excepción en América Latina, región en la cual los denominados regímenes impulsores del orden y el progreso experimentaban la llamada “edad de oro del proyecto oligárquico” (Carmagnani, 1988, p. 98). Esta se sustentaba en la conexión entre las élites locales y los intereses imperialistas externos, además de la provisión de materias primas a las economías industrializadas en el marco de una participación política limitada. La implementación de este modelo, impuesto en el territorio de las Antillas Mayores, permite comprender las dificultades que las islas experimentaron en el proceso de emancipación de la metrópoli. Dichas complejidades fueron también acrecentadas por la extrema dependencia de las exportaciones de caña de azúcar y sus riquezas generadas, fortaleciendo no solo la dominación colonial, sino también la falta de autonomía de sus elites sensibles. De igual manera influyó la creciente influencia de los Estados Unidos en el conjunto del continente y, especialmente, en las Antillas Mayores españolas.

A la luz de este momento histórico, en este artículo se analiza la singularidad que las categorías de “nación” y de “raza” adquirieron en ese espacio fronterizo. La primera se configuró de manera tardía y gestada al calor de rupturas frustradas, mientras que la segunda se formuló como un elemento disociador que complejizaba la construcción de una identidad nacional. La imbricación de ambos conceptos representó una de las grandes problemáticas que abordó el independentismo, con el fin de elaborar un imaginario cohesionado que permitiera la exitosa consumación del proceso de independencia política de la metrópoli española.

Para abordar esta problemática hemos establecido un periodo que inicia en 1868, con la Guerra Grande por la Independencia —uno de sus cuyos objetivos era la libertad de los esclavos afrocubanas— y que concluye en 1898, luego de la llamada Revolución de 1895, a modo de disputa imperialista. Esta delimitación temporal nos permite observar el punto más álgido del debate sobre el concepto de “nación” en la isla. En este momento, el creciente protagonismo de los afrodescendientes en diversos alzamientos exacerba los discursos raciales, que surgen con el fin de estigmatizar y deslegitimar la búsqueda de la emancipación política y social por parte de los isleños. Lo anterior, fundamentalmente,

a través de la revisión del pensamiento de Martí sobre este aspecto, difundido en América Latina, así como mediante la revisión de diversos enfoques contemporáneos expuestos a través de la historiografía.

En nuestra investigación utilizaremos los conceptos de raza y nación en relación con lo que Roger Chartier plantea sobre la idea de “disputas de representaciones” (1996, p. 48). Según el autor, este término puede entenderse como el núcleo de la historia cultural que aborda los símbolos y los debates existentes en el pasado de las sociedades, para comprender la pugna social y política ahí confrontada. Señala al respecto que “no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones contradictorias enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos dan sentido al mundo que les es propio” (1996, p. 49). Esta condición se vincula con la idea de “imaginario” planteada por Mignolo, quien afirma que “este no solo está constituido en y por el poder colonial, sino está también conformado, por respuestas o rupturas de las comunidades, grupos y clases que el discurso colonial involucra en su propia descripción” (2000, p. 11).

Lo anterior implica asumir la perspectiva de aquello que Michel Foucault denomina “análisis del discurso”, es decir, allí donde este elemento adquiere un carácter central, en tanto permite afirmar que lo que subyace en el discurso “no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (2005, p. 15).

Tal como ocurre en el resto de América Latina, en la segunda mitad del siglo XIX se produce la inserción de Cuba en la modernidad capitalista. Este proceso supuso la introducción de adelantos tecnológicos al interior de los ingenios azucareros destinados a hacer más eficientes los procesos de producción, significando asimismo una transformación estructural de su funcionamiento. Dentro de esta transformación, el gran contingente de mano de obra en condición de esclavitud debió situarse en nuevos roles con el fin de contribuir a la rentabilidad de la producción en su condición de factor menos indispensable que en los siglos precedentes. En este panorama, la discusión en torno a su abolición “se desarrolló de un modo paralelo al proceso de concentración y reducción de los ingenios y a la dispersión de la producción en manos de los colonos, antiguos propietarios agrícolas empobrecidos” (Zanetti, 2013, p. 15).

La presencia afrodescendiente en Cuba tuvo una considerable influencia desde los inicios de la colonización española. Además, estuvo indisolublemente ligada al destino productivo que los imperios trazaron para el Caribe, impulsado principalmente a la agricultura de plantación y al uso intensivo de mano de obra esclavizada. En este contexto, la historia afrocubana nos provee de diversas referencias acerca de la situación de los esclavos hacia mediados del siglo XIX, un sector de la población que venía experimentando un sostenido crecimiento. De acuerdo con Navarro, esta tendencia se remonta al siglo XVIII, momento en el cual los esclavos alcanzan la cifra de 84.000 individuos en 1790 para, veinte años más tarde, totalizar un volumen de 212.000 personas frente a los 114.000 libres de color y 274.000 blancos. Para mediados de la década de 1840, los esclavos sumaban un total de 324.000, y dos decenios más tarde, alcanzaban su punto más alto con 370.000 individuos, como parte de un proceso global de incremento demográfico en la isla (1992).

De este modo, a pesar de que en Cuba se importaron esclavos africanos más tardíamente que en cualquier otra región americana, los esclavos nunca fueron la mayoría de la población. En el decenio de 1860, cuando el segmento de color alcanzaba su máximo, superando las 600.000 personas, los ciudadanos libres y sus descendientes sumaban 233.000. En torno a 1875, los sujetos de color libres aumentaron a la cifra de 272.000, debido a la aplicación de las primeras leyes de manumisión, superando por primera vez al número de esclavos. Los blancos, por su parte, superaban el millón de habitantes (Navarro, 1992). Así, Cuba se configuró como una sociedad esclavista típica de América: esclavos y producción de exportaciones, azúcar y café en especial, eran inseparables.

En relación con lo anterior, Aline Helg propone que los afrocubanos desplegaron una particular agencia destinada no solo a acceder a la libertad, ya sea mediante el pago a sus respectivos propietarios o escapando hacia quilombos y palenques, sino también protagonizando rebeliones que llevaron al gobierno español a iniciar en 1844 un drástico ciclo represivo (2016). Por su parte, las políticas de contención de la rebeldía de los afrocubanos esclavizados incluyó condenas como el destierro y la dictación de códigos restrictivos sobre los esclavos y libertos, sector de la población en la que existían intelectuales y profesionales,

“petrificando a los esclavizados durante los veinte años siguientes” (2016, p. 369). Por su parte, los propietarios, al observar con temor la posibilidad de una rebelión esclava, optaron por importar mano de obra desde Asia e, ilegalmente, a miles de africanos por contrabando, en un contexto en el que los afrodescendientes representaban el 58% de la población de la isla (Helg, 2016).

Respecto de la propiedad de los esclavos, la realidad cubana fue similar a la de otras sociedades esclavistas de abundante población libre. De acuerdo con Herbert Klein, a partir de los censos disponibles sobre el decenio de 1850 se calculaban “50.000 dueños de esclavos, de los cuales 24.000 vivían en núcleos urbanos” (1986, p. 67). A partir de estos datos, se sugiere la existencia de una considerable concentración de propiedad de esclavos, aparentemente en manos de europeos y de criollos, resultando que “el 12% de los blancos urbanos y el 9% de los rurales eran propietarios de esclavos” (1986, p. 67). No obstante, de acuerdo con lo señalado por Klein (1986), el medio rural cubano experimentó una acelerada transformación y, hacia 1860, las faenas fueron ejecutadas por trabajadores libres, blancos o de color, siendo predominantes en sectores tales como la ganadería, la agricultura de alimentos y en la industria tabacalera. La población bajo régimen de esclavitud “totalizaba solo 70.000 personas, contrastando con los 404.000 blancos y los 122.000 libres de color” (1986, p. 67) que se desempeñaban en este sector, siendo mayoritaria la mano de obra libre, tanto en las ciudades como en el campo, donde los esclavos ascendían a solo un tercio de la fuerza de trabajo.

La Guerra Grande (1868-1878). El abrupto despertar afrodescendiente y la primera configuración de la idea de “Nación” en Cuba

Esta fase del conflicto ha sido considerada como la Primera Guerra de Independencia de Cuba, en tanto resultó ser un estallido capaz de confrontar, en términos de cierta paridad, a las fuerzas insurgentes y a las tropas coloniales españolas, a diferencia de anteriores intentos, tempranamente sofocados¹. Estos, sin embargo, fueron movimientos pre-

1 Las expediciones e insurrecciones promovidas por Narciso López en 1850 y 1851, habían tenido como objetivo la proclamación de una república, la que luego sería anexionada por parte de los Estados Unidos.

cursores del proceso emancipador que ahora era liderado por Carlos Manuel Céspedes, del Comité Revolucionario, que contó con el activo apoyo de una red de logias masónicas. En tal sentido, es importante destacar que la identificación de los afrodescendientes con el bando patriota se manifestó tempranamente, debido a su sujeción al régimen esclavista. Mediante diversos manifiestos y decretos, los insurgentes reafirmaron la promesa de la liberación de esclavos una vez conquistada la Independencia de la Corona de España, argumento que actuó de manera efectiva dentro de una construcción discursiva que tempranamente buscó hacer simbiosis entre las ideas de patria e igualdad racial. Del mismo modo, algunos líderes del movimiento patriota se comprometieron públicamente con ese anhelo, mediante la concesión de la libertad, el 10 de octubre de 1868, a todos los esclavos que estaban bajo su propiedad (Gallegos, 2018).

Este elocuente gesto, no obstante, no fue acompañado de la abolición en todas las regiones bajo dominio de las tropas alzadas, sino que se estableció un compromiso que implicaría su materialización de un modo gradual (Gallegos, 2018). A pesar de ello, este levantamiento resulta interesante en tanto que, por primera vez, desafía la idea impuesta acerca de la supuesta imposibilidad de la creación de una nación cubana, dada la heterogeneidad socioracial existente en la isla. Como señala Ferrer, la fórmula inicial para ello fue el establecimiento de “una república rebelde y [donde se] designaron a personas libres de color para ocupar cargos públicos a escala local” (2011, p. 7), en lo que podría ser la génesis de una sociedad que no solo declara abolidas las diferencias raciales, sino que, de un modo activo, promueve su plena igualdad en el ejercicio del poder político. En tal sentido, esta experiencia originaria, que constituyó una experiencia performativa, puede ser considerada como revolucionaria, pues a lo anterior se suman otros hechos que describen la ruptura parcial del orden colonial en sectores rurales de la isla, hecho que se tradujo, por ejemplo, en la huida de esclavos desde las fincas de sus amos y la indiscriminada promesa de libertad para todos los afrocubanos que se encontraban en tal condición (Gallegos, 2018, p. 28)

En tales condiciones, tiene sentido preguntarse si esta estrategia tuvo el carácter de un sincero afán emancipador o si, por el contrario, fue solo un modo de sumar fuerzas a la causa de los patriotas cuba-

nos. Al respecto, no son pocas las versiones que plantean la dualidad existente en el discurso configurado por los antiguos propietarios esclavistas, que se transformaron luego en líderes insurrectos. Es decir, beneficiarse de su trabajo y proclamar ideas de liberación para su patria. Dentro de este tránsito, es interesante considerar la posición adoptada por el presidente de la República de Cuba en Armas, Carlos Manuel de Céspedes, cuya autoridad fue legitimada por la Asamblea Constituyente de Guáimaro en 1869, quien estableció una política de gradualidad a este respecto mediante un decreto de 1868, en el cual declaró que la libertad de los afrocubanos y las compensaciones para los antiguos amos dependería, en general, de la postura adoptada por estos en la guerra, sancionando particularmente a los enemigos de la revolución (Rojas, 2008). La disposición legal tuvo incluso un mayor alcance e incluyó los afrodescendientes cimarrones y a sus descendientes que habitaban en los palenques localizados al interior de la isla, estableciendo que: “Serán declarados libres, los esclavos de los palenques que se presenten a las autoridades cubanas, con derecho a bien vivir entre nosotros o a continuar en sus poblaciones del monte, reconociendo y acatando el gobierno de la revolución” (Pérez de la Riva, 1979, p. 62). Si bien esta determinación no modificó sustancialmente sus condiciones de vida, tal vez el hecho de mayor complejidad para los insurgentes fue hacerlos parte del nacimiento de una patria que, pese a relegarlos a los márgenes de la sociedad, los reconocía.

Fue dentro de este marco el que, sin duda, propició la extensión de la percepción de este conflicto como una “guerra racial”, una sublevación de esclavos similar a las ocurridas en Haití, Santo Domingo e, incluso, anteriormente, en Cuba, siendo uno de los argumentos utilizados por España para descalificar la legitimidad de la reivindicación independentista (Vega, 2021; 2022). Ferrer indica que este supuesto carácter revolucionario le otorgó una proyección no calculada al “radicalizar el nacionalismo cubano y (...) [a] la rebelión en un proyecto viable desde el punto de vista militar” (Ferrer, 1996, p. 8). Esta confrontación discursiva representa el núcleo de la disputa de la representación articulada durante la época, la cual no se resolverá tras el término de esta etapa de la contienda. En tal panorama, el análisis de los vínculos entre las ideas de “raza” y “nación” dentro de este movimiento de ruptura anticolonial permite indagar en la problemática de la ciudadanía cubana y los requi-

sitos que esta debiera exigir una vez materializada la ruptura con la metrópoli. Esta categoría resulta decisiva, en tanto plantea una condición cualitativa y fundamental: las posibilidades de participación política de los libertos dentro de la sociedad resultante de este proceso revolucionario, más aún cuando la multiplicidad étnica de la población había sido planteada originalmente como un obstáculo ante dicha posibilidad.

Las autoridades de la República en Armas optaron por desarrollar una política de carácter performativo, pues “fueron elegidos para desempeñarse en cargos municipales algunos negros liberados” (Gallegos, 2018, p. 33) en las ciudades ocupadas por los rebeldes. En otras palabras, se extiende esta condición solo a los afrocubanos “mambises”, nombre con el que se designaba en la época a los combatientes del bando patriota. Este hecho fue un asunto representativo de la relación existente entre las ideas de “nación” y de “ciudadanía”, entendidas como demostrativas de la dicotomía inclusión/exclusión, en relación con las alteridades y acerca del rol de estas una vez conquistada la plena soberanía. Lo anterior nos lleva a reflexionar sobre la tensión existente entre la idea de ser cubano y las atávicas identidades raciales reunidas dentro de esa denominación, y que incluso se profundizan durante aquella época a partir de la necesidad de otorgar un sentido radical al sentimiento nacionalista. Así, entonces, ser español o criollo, negro mambí o esclavo, lejos de constituir una identidad atenuada, se vuelve relevante en la medida que trae aparejada cierta adscripción política. A pesar de ello, es posible identificar evidentes contradicciones que nos permiten vislumbrar la complejidad de esta transformación política y social. En este sentido, resulta relevante lo que plantea Abreu: “si nos fijamos en quiénes eran los jefes y entrenadores de la tropa, nos encontramos que en algunos casos la estructura represiva del ingenio se ha trasladado al improvisado campamento mambí” (2010, p. 23). Vista de este modo, la guerra parece adquirir ribetes de simple conflicto intraoligárquico, otorgando sentido al concepto de “modernidad ambivalente” propuesto por Mena (2007, p. 216), referido a las limitaciones del discurso emancipador de las elites latinoamericanas durante el siglo XIX. Este discurso, si bien declara su adscripción a principios universalistas, mantiene intactas las jerarquías étnico-sociales en los hechos concretos.

Dentro de este conflicto, se ha reconocido como factor clave la incidencia de su trasfondo económico, relacionado con los intereses de

los hacendados de las dos grandes regiones de la isla: el Occidente y el Oriente, y sus vínculos con la metrópoli. Por lo tanto, su adhesión a la causa de la emancipación no solo resultó disímil, sino que evolucionó de acuerdo con sus condiciones históricas. En este sentido, resulta fundamental considerar la adscripción de los distintos sectores que integraban la sociedad colonial para evaluar la influencia que el debate planteado acerca de la idea de “raza” tuvo en este proceso. En esta línea, Ferrer explica que hacia 1870 se observa una importante adhesión de los grandes propietarios agrícolas hacia las fuerzas españolas, mientras que, en paralelo, un destacado conjunto de líderes mulatos se inserta y asume posiciones de mando dentro de los ejércitos insurrectos. De este modo, Antonio Maceo, Policarpo Pineda y Guillermo Moncada² asumen importantes posiciones en la región oriental, haciendo coincidir su rol con la idea de una comunidad igualitaria, en la cual el mando deriva del compromiso demostrado en el combate antes que en cualquier otra consideración. Un caso particular es el de Antonio Maceo quien, durante esta etapa, se constituyó como una imagen heroica a partir del liderazgo ejercido durante la guerra iniciada en 1895, en la que, señala Ferrer, condujo al “Ejército Libertador a través de todo el territorio de la isla y ganó la lealtad de hombres y mujeres blancos y no blancos; un apoyo nacional multirracial” (1999, p. 4), en una expresión precursora de un nuevo sentido de igualdad racial para una futura nación cubana libre.

El caso de Maceo no constituye en ningún caso un hecho casual, sino que demuestra cómo la jerarquía socioracial de la colonialidad se encontraba alterada bajo condiciones de conflicto. En este sentido, la imagen del general de origen afrocubano Antonio Maceo representó la posibilidad de subvertir la condición subalterna asignada a partir de la imposición de categorías raciales, así como también de legitimar el nuevo plano de simetría entre dicha jerarquía y el resto de los grupos étnico-sociales mediante el imaginario del heroísmo.

El resultado de este conflicto fue la derrota del independentismo, que fue resuelta mediante la Paz del Zanjón en 1878. Sus disposiciones

2 Se trata militares de alto rango, de origen afrocubano, destacados no solo por su heroísmo y rápido ascenso dentro del ejército revolucionario, en el que impulsaron un modelo de igualdad racial en las zonas bajo su mando.

no consideraron ni la concesión de la Independencia para Cuba ni la libertad de los esclavos, en el marco de la ruina financiera para su economía y, consecuentemente, de efectos negativos para la metrópoli. Pese a ello, la derrota para los afrodescendientes no fue absoluta pues, luego del fin de las hostilidades, “el gobierno español otorgó formalmente la libertad a 15.000 esclavos insurrectos” (Gallegos, 2018, p. 40). Aunque parezca extraño, la autoridad colonial comprendió que los esclavos constituían un importante factor de inestabilidad política para la isla, y fueron considerados parte fundamental del apoyo recibido por los insurrectos que el gobierno de España aspiró a arrebatarles a los derrotados insurgentes. Si bien esto no significó el otorgamiento de mayores garantías para la participación —como es lógico en un marco de dependencia política como el revisado— ni la abolición de las distinciones raciales, este simbólico avance, como la posterior abolición de la práctica esclavista en Cuba, en 1886, lograron disociar momentáneamente la idea de la liberación de la población afrodescendiente sometida a la lucha anticolonial. Por el contrario, esta temprana insurrección permitió evidenciar interesantes posibilidades de interacción étnica a partir del proyecto independentista. A pesar de que esta no dejó de ser compleja y por momentos contradictoria, permitió fraguar una mística, un imaginario en el cual los anhelos de igualdad podían ser considerados en el marco de una misma nación.

El pensamiento de José Martí y la resignificación del imaginario independentista en Cuba

El discurso de José Martí, que revisaremos a continuación, constituye uno de los planteamientos de la corriente intelectual criolla más fuertemente vinculada a las ideas de su tiempo. A través de él hablan la estética modernista, el laicismo y el nacionalismo igualitario, ese que aspira a la construcción de una nación donde la idea de “raza” y las jerarquías sociales derivadas fueron el argumento disociador utilizado por el poder colonial para impedir la maduración de un proyecto político de naturaleza independentista.

La labor de Martí, entonces, se enfocó desde sus inicios en elaborar una lectura de la experiencia de la Guerra de los Diez Años, con el fin de establecer en ella el mito fundante de una identidad colectiva forjada a partir de la lucha que “fue cuna del igualitarismo cubano, repre-

sentando la génesis de la nación” (Karim, 2011, p. 11). Esta resignificación de la frustrada experiencia insurgente iniciada en 1868 tuvo un carácter esencial, porque redefinió las complejidades y reverses que la relación interracial tuvo al interior del bando patriota, como punto de inicio de un proceso de más largo aliento que debe encontrar su concreción. Consciente de los prejuicios de que la concepción racializada configuraba parte del discurso de quienes buscaban la libertad de la isla, los escritos de Martí enfatizaron especialmente dicho aspecto, entendiéndolo como un medio para otorgar cohesión y sentido a un futuro alzamiento y, a su vez, entregándole densidad y proyección al discurso igualitario. En 1893 Martí señaló al respecto que “insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar su ventura pública e individual” (1984, p. 248).

Como es posible apreciar, tales condicionamientos político-sociales contribuyeron a generar una evidente tensión sobre la idea de una “nación cubana,” es decir, si esta se construiría como una denominación incluyente o excluyente, dada la común utilización de “conceptos como blanco, criollo, negro, africano o esclavo” (Gallegos, 2018, p. 22), en tanto un rezago propio del tránsito que caracteriza un proceso de descolonización. Esta jerarquización es un hecho que, sin duda, nos orienta sobre la vigencia de las categorías raciales como manifestación de la colonialidad del poder vigente en la mentalidad en las elites independentistas, asunto que necesariamente Martí debió abordar, pues constituía un obstáculo para la viabilidad del proyecto emancipador.

Ello produjo que el intelectual antillano presentara una perspectiva de integración racial como parte fundamental de la acción del Partido Revolucionario Cubano (PRC)³, artífice de la segunda insurrección, la cual se vio respaldada también por la significativa obra del autor, la que incluye como una de sus preocupaciones centrales, siempre en una perspectiva americanista. Dicha integración sería requisito para la idea de nación. Para tal efecto, Martí “enmarca el concepto o,

3 El Partido Revolucionario Cubano fue fundado en 1892 por José Martí y su objetivo primordial era lograr la independencia de la isla y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico. Se definió como una organización antirracista que buscaba la libertad plena de cada uno de los integrantes de la nación. Su directiva, además de su fundador, incluía a personalidades como Benjamín Guerra, Máximo Gómez y Juan Gualberto Gómez, entre otros. Su órgano de difusión fue el periódico *Patria*, fundado en Nueva York en 1892 (Zanetti, 2013).

mejor dicho, la realidad de la ‘nación’ en el horizonte histórico de un conflicto real en el que enfrenta a intereses opuestos de dos fuerzas” (Fornet-Betancourt, 2012, p. 32). Fue dentro de ese debate que Martí asimiló ambos bandos al mismo estatus, como un modo de otorgarle legitimidad a su causa, así como también enfatizando en su idea de “nación” a través del concepto de una patria más singular y aglutinadora. En la misma línea, Martí abordó en su discurso la noción de “raza” como una categoría que se disuelve en la condición universal del género humano, de la cual busca rescatar los verdaderos atributos (1984, p. 249). De esta manera, aborda dicha noción dentro del proyecto independentista, el que experimentó una marcada reorientación en sus postulados, manifestándose concretamente durante la segunda etapa iniciada en el año 1895. Resulta fundamental comprender que la mencionada transformación fue un hecho que coincidió con diversas manifestaciones organizadas por los propios afrocubanos que alcanzaron en el plano organizativo la expresión del despliegue de su propia capacidad de agencia, lo cual revela una mayor maduración de su conciencia política.

De este modo, para Martí, en una Cuba definitivamente libre, la armonía interétnica debía ser el marco en el que “juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime” (1984, p. 250). Ello significa abandonar toda condición de racialización de la población, así como también las prácticas de discriminación derivadas de esta que, históricamente, fueron funcionales al interés de esclavizar y segregar a otros, impidiendo la conformación de elementos de cohesión performativos de una nación. Sin embargo, las ideas de Martí no se distanciaron necesariamente del tópico del mestizaje que, desde Bolívar hasta Vasconcelos, ha sido utilizado en América Latina como método de resolución de los conflictos asociados con la necesidad de trascender la racialización, como el mestizaje, entendiendo que este proceso ha servido como una fórmula para promover la idea de una cierta armonía social al interior de la nación. En tal sentido plantea que “el negro que se aísla provoca aislarse al blanco” (1984, p. 248), y viceversa. Según Martí, la identidad mestiza es el medio más eficaz para perfeccionar la compacidad de etnia cubana. “Deben mezclarse las razas” (Poey, 1994, p. 2). No obstante, este debía ser considerado un hecho voluntario al que nadie debe sentirse obligado. Es interesan-

te apreciar cómo, por avanzado que sea su discurso, no escapa a las influencias de su tiempo, en una época en la que, además, el racismo pareció cobrar nueva fuerza a la luz de la intensificación de las pugnas imperialistas de las que las Antillas Mayores tampoco fueron ajenas.

Más allá de las declaraciones y de los enunciados del programa político del PRC, cabe preguntarse: ¿cómo sería posible alcanzar esa plenitud en las relaciones entre las etnias que conformaban a la sociedad cubana? ¿De qué manera este pensamiento no representó solo una utopía voluntarista, pensada únicamente para recoger apoyo entre los afrocubanos? Fue así entonces que Martí asume una postura de reforma, pues considera que se deben modificar las condiciones estructurales en las que se albergan las prácticas racistas. De este modo, “Las transformaciones económicas y sociales que se producirían en Cuba (...) mejorarían teóricamente las condiciones de vida de las masas populares y los grupos más discriminados” (Poey, 1994, p. 4). Fue precisamente este sentido humanista el que proyectó sobre las masas el llamado “Maestro”, como se lo denominó en la época, en tanto fundamento de una futura convivencia que, sin duda, debía basarse en “El acceso masivo a la educación y la cultura, ejercido con una democracia y justicia, contribuiría a la elevación humana y ayudaría a eliminar los prejuicios que impiden pleno desarrollo social (Poey, 1994, p. 4). Este designio resulta fundamental, en tanto traza un derrotero para la nación cubana durante todo el siglo XX, otorgándole un particular sentido a la idea de soberanía, más allá de la emancipación del dominio imperial.

En tal sentido, tanto la obra intelectual como política de Martí, no solo resultó clave en la conducción que asumió el segundo alzamiento en cuanto inicio de una ruptura decisiva, sino también como el comienzo de un proyecto de transformación, en el cual la problemática de carácter racial se constituye en uno de los argumentos para el impulsar un proceso de redención de los sectores populares en Cuba. Además de ello, Martí fue capaz de vislumbrar la evidente influencia que Estados Unidos aspiraba a tener en la isla, no solo como pretensión imperialista, sino también como una amenaza sobre la perspectiva de abolición de los distingos socioraciales que su movimiento impulsó. De igual modo, es posible reconocer que, durante su exilio en Estados Unidos, para Martí fue fundamental visualizar la anomalía existente

en la relación interétnica y, a partir de esta, lograr una verdadera “comprensión de la dinámica racial en Cuba. Estados Unidos, proporcionó tanto el escenario como el material primario por sus esfuerzos para resolver la relación entre la igualdad racial y la independencia nacional” (Fountain, 2014, p. 92). Adquiere relevancia, además, la percepción del líder antillano en torno a lo que, a inicios de la “Segunda Guerra” (Navarro, 1992, p. 349) percibe en la política de esta potencia en su relación hacia América Latina, y particularmente hacia su país. Cabe recordar que el intelectual antillano falleció combatiendo en los inicios de este levantamiento, en 1895, y no llegó a ser testigo de la intervención militar que condujera a T. Roosevelt a Cuba, para iniciar una ocupación que perduraría hasta 1901. Antes que todo ello ocurriera, anunció “En otros tiempos, distintos a los de hoy, los Estados Unidos significaban la libertad” (Martí, 1984, p. 290).

La Revolución de 1895

Como hemos visto, el proceso emancipador en Cuba también fue el resultado del entrecruzamiento de múltiples anhelos de transformación social y política, con intereses singulares de diversos grupos, especialmente entre la elite criolla (Helg, 1999). Sin embargo, la perspectiva acerca de la dimensión racial en este conflicto adquirió un carácter distinto al de la etapa precedente. No solo porque en aquella época la esclavitud ya había sido abolida, sino también porque la independencia se transforma, entonces, en una opción para la construcción de una nación sobre la base de la igualdad de derechos entre sus integrantes. La decisión del gobierno de España, entonces, amplió los márgenes de posibilidades en caso de materializarse una ruptura con la metrópoli.

El fin de las prácticas esclavistas en la isla no implicó el término de las expresiones de discriminación hacia los afrocubanos. La problemática racial continuaba siendo una preocupación para los patriotas como parte de su desafío de articular una idea de nación integradora, tal como se plantea en la obra de Martí. En tal sentido, Aline Helg ha señalado que la participación de importantes contingentes de soldados de origen afrocubano tuvo consecuencias adicionales pues, “la guerra [les] permitió (...) desarrollar un orgullo en sí mismos y en sus orígenes africanos” (1999, p. 53). Siguiendo a Anderson, este “bautis-

mo político de las masas populares” (2005, p. 41) fue un proceso fundamental en su dignificación, que les permitió experimentar y avizorar una inserción distinta en aquella sociedad que se configuraría tras la victoria de su causa. Tal panorama fue radicalmente distinto del que se presentó en la llamada Guerra Grande, en la cual su participación se asocia también a la compulsa patronal y al cimarronaje. A partir de lo anterior, resulta necesario comprender que este cambio generó un mayor grado de conciencia y reconocimiento de las negritudes por parte de la población criolla y mestiza, específicamente sobre su rol y sus derechos en la sociedad. En este sentido, un significativo antecedente radica en la creación de las Sociedades de Raza de Color en 1887. Sus integrantes, como señala Helg, aspiraban a “un nuevo criterio de distribución social en base a la igualdad racial” (1997, p. 58) y coordinaron exitosamente “acciones antidiscriminatorias desafiando a la autoridad española” (1997, p. 58) en la isla. Entre ellas, la publicación de periódicos destinados a socavar las ideas sobre la superioridad blanca, dirigidos por Juan Gualberto Gómez y Rafael Serra (Helg, 1997). Lo anterior no solo demuestra una elocuente capacidad de agencia para promover la igualdad racial, sino también de perseverar en la lucha anticolonial desde su singularidad.

Este y otros antecedentes y experiencias de los afrocubanos son elementos que nos permiten comprender su participación en la insurrección iniciada en 1895. En esta oportunidad, sin embargo, con una mayor determinación para configurar aquello que Helg ha denominado como un “ejército popular multirracial” (1998, p. 56), en el que “la experiencia del combate y la atmósfera de camaradería, anticipan una futura fraternidad forjada en la sencillez y en la humildad del compartir” (Helg, 1998, p. 51). De este modo, resultó indudable el significativo avance en la integración de los afrocubanos, en la cual la guerra cumplió un rol fundamental. Este fenómeno, sostenido y gradual, es comprensible dentro de un proceso de cambio de mentalidad, el que también permite exponer ciertas contradicciones en el discurso de los patriotas, lanzados ahora en lo que consideraron una segunda y decisiva fase de su lucha anticolonial. Este cambio se materializó, por ejemplo, en la consideración que señalaba que “Los negros (...) debían mostrar su gratitud a los revolucionarios blancos que habían roto sus cadenas, así como contribuir a liberar a Cuba del yugo colonial” (Karim, 2011, p. 11).

A diferencia de la etapa precedente, hacia 1895 es posible reconocer su influencia en esta causa, no solo mediante su presencia masiva en el contingente, como un acto desesperado ante la explotación provocada por el régimen esclavista, sino también a través del ejercicio del mando en las tropas rebeldes y en la configuración de la imagen icónica del héroe que es, a la vez, valiente y sencillo, infundiendo mística entre los combatientes, tal como se ha descrito al general Antonio Maceo, un destacado mulato cuya influencia proyectó la imagen de plena integración racial al interior de las fuerzas insurgentes en la isla. Este destacado militar no solo representó una excepción que aportó heterogeneidad al mando militar revolucionario. Fue, además, un sujeto consciente del proyecto del que participaba, esto es, el de la configuración de una nación en donde no habría “ni blanquitos ni negritos, sino cubanos” (Ferrer, 1999, p. 6), configurando un abierto antagonismo discursivo ante las concepciones coloniales imperantes en la época. Trascender el racismo fue, por lo tanto, no solo propiciar una ruptura política, sino prefigurar la imagen de una nación, revirtiendo todos los obstáculos establecidos para ello.

Dentro de ese nuevo marco la convivencia no fue del todo fácil, pues a la reticencia que generaba entre los oficiales blancos el ascenso de sus pares negros, se sumó el contraste cultural derivado de las diferencias entre las prácticas religiosas, como la presencia de amuletos pertenecientes a las religiones afrocubanas ante la religiosidad oficial, mayoritariamente masónica y racionalista, que veía con preocupación la pervivencia de tales costumbres (Helg, 1998, p. 56). Mucho más compleja fue la relación establecida en el territorio bajo dominio de las fuerzas españolas, en la cual la negritud, su cultura y costumbres fueron observadas con sospecha, evidenciándose toda la carga de atávicos prejuicios en su contra. En relación con lo anterior, Helg (1995) describe el destierro de mulatos de orientación homosexual hacia la Isla de los Pinos en 1896, y la sistemática represión hacia prácticas como la brujería, que fue considerada como una verdadera amenaza al orden social. Sin embargo, ¿cómo se explica tanto encono? ¿Cuál es la imagen que se quiere construir de los afrocubanos? ¿Eran su género o prácticas culturales motivo de una estigmatización deliberada a la que se debía agregar su carácter rebelde y levantisco? Nos parece que, indudablemente, el poder colonial intentó levantar una sórdida imagen de la negritud para así desalentar la adhesión al independen-

tismo mediante la desarticulación de su proyecto de nación reflejada en una plural convivencia interracial. Lo anterior configuró una dualidad ejemplificada a partir de dos espacios en los cuales la categoría de raza se identificó con sentidos y significados abiertamente confrontados: el primero, el de sujetos emancipados, transformados en íconos del proyecto martiano y, el segundo, un espacio donde la colonialidad estigmatizaba a los afrocubanos para señalarlos como un componente disolvente de todo proyecto social.

El discurso sobre la modernidad antillana encontró, confrontada con la realidad, algunos límites en las prácticas de racialización. Sin embargo, perseveró en la configuración de una realidad distinta, especialmente en el ejército, que aspiraba a ser un espacio en el cual tales distingos raciales se veían desplazados. Así, por ejemplo, aludiendo a los revolucionarios cubanos de 1985, Ferrer señala que “la república rebelde repudió la utilización de categorías raciales en la documentación del ejército” (1999, p. 6), en lo que pareció ser un primer avance, una práctica de integración y de reconocimiento. Este fue un punto de partida para apreciar el discurso y las prácticas asociadas con la idea de “ciudadanía” al interior de los sublevados. En otras palabras, de quienes tenían acceso al poder político en las zonas liberadas del dominio español, que fueron justamente aquellas en donde se prefiguró el futuro modelo de sociedad. A partir de lo anterior, cabe preguntarse si la experiencia revolucionaria logra contradecir aquello señalado por Thibaut, para quien en América Latina “la ciudadanía moderna quedó lastrada por definiciones coloniales como la religión, el poder económico o la raza y consagrada mediante el carácter impersonal de la ley” (2015, p. 3). De este modo, la voluntad de construir una sociedad más igualitaria se manifiesta tímidamente, por ejemplo, mediante la incorporación de afrocubanos a la administración civil a través del ejercicio de diversos cargos y funciones, a veces limitados por su menor acceso previo a la educación (Helg, 1998, p. 57).

Así, aquello que la historiografía menciona como la “Segunda Guerra de Independencia” (Navarro, 1992, p. 349), iniciada en 1895, manifestó en su interior una pugna dentro del bando sublevado, lo cual estaría relacionado con las expectativas acerca de sus aspiraciones, es decir, si se trataba de una lucha de liberación anticolonial o si, adicionalmente, a partir de su conquista se iniciaba la construcción de una sociedad

igualitaria. Así lo sostenían José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez, hecho que explica su extraordinario ascenso en los sectores populares. Por su parte, el gobierno provisional, vale decir, aquel presidido por Salvador Cisneros Betancourt y que no participaba directamente en los combates y estaba a cargo de un sector más moderado del independentismo, se manifestaba reacio a profundizar en esta última línea y, por lo tanto, observaba con sospecha los éxitos militares de Maceo en el Oriente de la isla. Esto fue especialmente complejo debido a la oposición entre Cisneros y Masó, quienes “reclamaban títulos nobiliarios, un origen español puro, riqueza y tierras” (Helg, 1998, p. 59).

A partir de ello y teniendo en cuenta el desarrollo posterior del proceso, no podemos dejar de mencionar la política racial de los Estados Unidos (EE.UU.), así como la percepción del independentismo cubano acerca de dicha política, sobre todo debido a la influencia de Martí, un profundo conocedor de la racialización en aquel país. La irrupción estadounidense, justificada a partir de la explosión del acorazado “Maine” en la bahía de La Habana en 1898, y que atribuyó a una supuesta agresión española, le otorgó un giro de conflicto imperialista que suprimió en los hechos su carácter independentista. Es necesario señalar, además, que esta intervención truncó el proceso de emancipación nacional y anti racial que tenía tres décadas de maduración y de evolución, transformándola, en palabras de Foner, en una “revolución inconclusa” (citado en Ferrer, 1999, p. 11). Así, los insurgentes habían instalado con eficacia una representación simbólica sobre aquello que significaba su lucha, siendo exitosos en tal disputa: “a las imágenes de la supremacía negra, los nacionalistas habían contrapuesto otras de la unión de blancos y negros y el logro de la ausencia de raza” (citado en Ferrer, 1999, p. 20).

La intervención de los EE.UU., sin embargo, truncó decisivamente tal proceso. No solo porque de esta derivaron la ocupación y luego una Independencia tutelada, sino también porque fueron puestos a prueba desde fórmulas de gobernabilidad política, en tanto, sostiene Foner, “pareció requerir de los nacionalistas cubanos una evasión de los principios centrales del movimiento (...) durante treinta años” (citado en Ferrer, 1999, p. 24). En otras palabras, atenuar su programa de reforma sin alterar sustancialmente la herencia colonial en materia de propiedad y de jerarquía racial. Esto dio espacio al sector más conservador

del independentismo, que discrepaba de las ideas de redención social y racial planteadas al inicio del alzamiento.

Conclusiones

La revisión de las dos principales etapas del proceso de liberación del pueblo cubano durante el siglo XIX nos ha llevado a establecer interesantes hallazgos en torno al tema. En primer lugar, hemos podido constatar un gradual tránsito en la autonomía de los afrocubanos como sujetos históricos a partir de su participación en los alzamientos patriotas. Este progresivo tránsito se logra vislumbrar ya desde sus inicios, de un modo compulsivo o como única alternativa a la esclavitud y, finalmente, también como un ejercicio simbólico de liderazgo, con un carácter performativo, en tanto construcción simbólica aportada al imaginario de una futura sociedad integrada socialmente, como lo ejemplificó Antonio Maceo en la segunda etapa del conflicto.

Dentro de este marco ha sido posible visualizar una significativa capacidad de agencia de las negritudes, que se expresó en su masiva incorporación a las fuerzas insurrectas y, también, en organizaciones y medios de comunicación como los impulsados por Juan Gualberto Gómez. En tal sentido, se manifestó un significativo proceso de transformación que le permitió trascender su condición subalterna y experimentar procesos de emancipación de carácter socioracial, constituyéndose como un sujeto histórico. El mundo de la negritud, se transformó a su vez en un espacio de disputa y en un factor condicionante de la estabilidad política de la isla. Así lo entendió la Corona, al establecer la abolición de la esclavitud en la isla en 1886 y, con ello, intentar disociar al independentismo pues, en apariencia, la ruptura con la metrópoli debía ser, en ese entonces, solamente del interés de los criollos blancos. Asimismo, la revisión de las interpretaciones historiográficas y de las fuentes consultadas nos ha permitido apreciar las formas en las que la autoridad colonial leyó y actuó en la realidad en términos raciales. Primero, elaborando representaciones discursivas que le atribuyen este carácter a los alzamientos patriotas, estigmatizándolos mediante la activación en el imaginario de la insurrección haitiana de 1791 y, segundo, configurando a los afrocubanos como una verdadera amenaza para la sociedad, aludiendo a su carácter rebelde, las prácticas de brujería y una sexualidad transgresora frente a la moralidad dominante.

Es desde tales consideraciones que sostenemos que tales discursos no solo representan la visión que la colonialidad del poder proyecta sobre una alteridad que escapa de su control, sino que, además, pretende anular toda manifestación de solidaridad latinoamericana, en un espacio de frontera imperial/cultural y en una época en que la creciente influencia estadounidense se cierne amenazante sobre esta posesión territorial. Sobre todo, debido al adverso panorama de la época, el discurso de José Martí adquiere una significación y atingencia dignas de destacar. Sus ideas intervienen en este contexto y, efectivamente, imprimen al proceso una dinámica revolucionaria que desborda la lógica colonial. Así, a la abolición de la esclavitud impulsa la necesidad de igualdad social y racial; a la estigmatización de la negritud, opone la fraternidad entre seres iguales, en esencia pertenecientes a un mismo género, y al interés de las élites propietarias pro españolas, la urgencia de una reforma económica que permita superar la exclusión.

Martí y el PRC, entonces, construyeron múltiples significados sobre la lucha independentista. Entre ellos, la temática racial resultó ser un asunto sensible desde los principios que lo inspiraron, dada la estratégica necesidad de construir un sentido de cohesión en el pueblo cubano. Ello implicó comprender la existencia de reticencias en sus propios partidarios, lo que no impidió, sin embargo, que la mística de la experiencia forjada en el combate por la liberación fuera la fragua de la nación.

Referencias

- Abreu, J. M. (2010). Esclavos y reclutamiento. Cuba 1868-1878. En J. M. De la Serna, *De la libertad y la abolición: africanos y afrodescendientes*. Iberoamérica, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Anderson, B. (2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Carmagnani, M. (1984). *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*. Editorial Crítica.
- Centro de Estudios Martianos. (2000). *José Martí y el equilibrio del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, R. (1996). *El mundo como representación*. Gedisa Editorial.

- Ferrer, A. (1999). Cuba, 1898: Rethinking race, nation and empire. *Radical History Review*, 73, Duke University.
- Ferrer, A. (2022). *Cuba. An American history*. Scribner.
- Fornet-Betancourt, R. (2012). La idea de nación en José Martí. En A. Gómez-Müller, *Constructions de l'imaginaire national en Amérique Latine*. Presses Universitaires de France.
- Foucault, M. (2005). *El orden del discurso*. Editorial Tusquets.
- Fountain, A. (2014). *José Martí, the United States, and Race*. University of Florida Press.
- Gallegos, C. (2018). Negros y esclavos mambises en la guerra insurgente (1968-1878). *Cuadernos de Marte*, 15.
- Guerra, S. (1993). La Revolución Independentista de Cuba y la Guerra de 1898 desde la perspectiva de América Latina. *Contrastes. Revista de Historia*, 7-8.
- Helg, A. (1995). *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. University of North Carolina Press.
- Helg, A. (2018). *¡Nunca más esclavos! Una historia comparada de los esclavos que se liberaron en las Américas*. Fondo de Cultura Económica-Banco de la República.
- Helg, A. (1997). Race and black mobilization in colonial and early independent Cuba: Comparative Perspective. *Ethnohistory*, 44(1). American Society for Ethnohistory.
- Helg, A. (1998). *Sentido e impacto de la participación negra en la guerra de Independencia de Cuba*. *Revista de Indias*, LVIII(212).
- Karim, G. (2011). Les interstices d'une construction nationale: question noire et désir de reconnaissance à Cuba (1812-1912). *RITA*, 5.
- Klein, H. (1986). *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*. Alianza Editorial.
- Martí, J. (1984). *Política de nuestra América*. Siglo XXI Editores.
- Mena, L. (2007). Raza, género y espacio. Las mujeres negras y mulatas en La Habana durante la década de 1830. *Revista de Estudios Sociales*, 26.
- Mignolo W. (2000). *La colonialidad a lo largo y ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad en la colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. CLACSO.
- Navarro, L. (1992). *La Independencia de Cuba*. Mapfre.

- Pérez, L. A. (2023). *Colonial reckoning. Race and revolution in nineteenth-century Cuba*. Duke University Press.
- Prince, R. (Comp.) (1979). *Sociedades cimarronas*. Siglo XXI Editores.
- Poey, D. (1994). "Race" and Anti-Racism in Jose Martí's "Mi Raza". *Contributions in Black Studies*, 12.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. CLACSO.
- Rojas, M. (2008). Abolición de la esclavitud. Hazaña de Céspedes. *Granma*, (359).
- Thibaud, C. (2015). Race et citoyenneté dans les Amériques (1770-1910). *Le Mouvement Social*, (252).
- Vega, M. (2021). La santa causa de la Antilla hermosa encuentra en Chile un entusiasmo ardiente. La solidaridad al independentismo cubano durante 1895. *Revista de Historia y Geografía*, (44), 43-66.
- Vega, M. (2022). Tratar con más humanidad a nuestros hermanos de Cuba que con perfecto derecho propugnansu independencia. El debate en torno a la condición de neutralidad de Chile frente al proceso emancipador antillano, 1895-1896. *Revista de Historia y Geografía*, (47), 133-161.
- Zanetti, O. (2013). *Historia mínima de Cuba*. Turner Publicaciones-El Colegio de México.